

HAMLET

WILLIAM
SHAKESPEARE

PERSONAJES

CLAUDIO, rey de Dinamarca, hermano del rey anterior y tío de Hamlet.

GERTRUDIS, reina de Dinamarca y madre de Hamlet.

HAMLET, príncipe de Dinamarca e hijo del rey anterior, también llamado Hamlet.

FANTASMA DEL DIFUNTO REY HAMLET.

FORTIMBRÁS, príncipe de Noruega, hijo de un rey también llamado Fortimbrás.

POLONIO, chambelán¹ de la corte y consejero del rey Claudio.

¹Hombre que acompañaba y servía al rey en su cámara.

OFELIA, hija de Polonio.

LAERTES, hijo de Polonio.

HORACIO, amigo y compañero de estudios del príncipe Hamlet.

VOLTIMAND, consejero danés, enviado a Noruega.

CORNELIO, consejero danés, enviado a Noruega.

ROSENCRANTZ, cortesano, compañero de estudios del príncipe Hamlet.

GUILDENSTERN, cortesano, compañero de estudios del príncipe Hamlet.

OSRIC, cortesano.

MARCELO, oficial y miembro de la guardia.

BERNARDO, soldado y miembro de la guardia.

FRANCISCO, soldado y miembro de la guardia.

REINALDO, criado de Polonio.

DOS EMBAJADORES de Inglaterra.

UN CURA.

UN CABALLERO.

UN CAPITÁN.
UN GUARDIA.
UN CRIADO.
DOS MARINEROS.
DOS SEPULTUREROS.
CUATRO CÓMICOS.
ACOMPañAMIENTO DE CORTESANOS, DAMAS, SOLDADOS,
CURAS, CÓMICOS, CRIADOS, ETCÉTERA.

*El drama se representa en el castillo y la ciudad
de Elsinore², en sus cercanías y en las fronteras
de Dinamarca.*

²Ciudad portuaria del noreste de la isla de Zealand, en Dinamarca, frente a la ciudad sueca de Helsingborg. Su principal monumento es el castillo de Kronborg, donde se sitúa la tragedia de *Hamlet*.

ACTO I

Escena I

Puesto de vigilancia de la guardia, en un emplazamiento elevado del castillo real de Elsinore. Noche oscura.

FRANCISCO, BERNARDO

FRANCISCO *está paseando, de centinela.* BERNARDO *se le acerca desde el lado opuesto. Estos personajes y los de la escena siguiente van armados con lanza y espada.*

BERNARDO: ¿Quién está ahí?

FRANCISCO: No, responde tú. Detente y dime quién eres.

BERNARDO: ¡Viva el rey!

FRANCISCO: ¿Eres Bernardo?

BERNARDO: El mismo.

FRANCISCO: Llegas exactamente a la hora.

BERNARDO: Acaban de dar las doce. Ya puedes irte a la cama, Francisco.

FRANCISCO: Te doy mil gracias por el relevo. Hace un frío que pela y estoy muy cansado.

BERNARDO: ¿Tuviste una guardia tranquila?

FRANCISCO: Ni un ratón se ha movido.

BERNARDO: Muy bien, buenas noches. Si encuentras a Horacio y a Marcelo, que iban a acompañarme, diles que se den prisa.

FRANCISCO: Me parece que los oigo. Alto ahí. ¡Eh!
¿Quién va?

Escena II

HORACIO, MARCELO y los ANTERIORES

HORACIO: Amigos de este país.

MARCELO: Y fieles vasallos del rey de Dinamarca.

FRANCISCO: Os doy las buenas noches y me retiro.

MARCELO: ¡Adiós, soldado virtuoso! ¿Quién te relevó de la guardia?

FRANCISCO: Bernardo, que queda en mi lugar. Buenas noches.

(FRANCISCO *se va*. MARCELO y HORACIO *se acercan adonde BERNARDO está de guardia*).

MARCELO: ¡Hola! ¡Bernardo!

BERNARDO: ¿Quién está ahí? ¿Eres Horacio?

HORACIO: Un pedazo de él. (*Dándole la mano*).

BERNARDO: Bienvenido, Horacio. Marcelo, bienvenido.

MARCELO: ¿Y qué? ¿Ha vuelto a aparecerse aquella cosa esta noche?

BERNARDO: Yo nada he visto.

MARCELO: Horacio dice que es una figuración nuestra. Se niega a creer cuanto le he dicho acerca de ese espantoso fantasma, que ya hemos visto en dos ocasiones. Por eso le he rogado que venga y vele con nosotros esta noche, para que,

si el aparecido vuelve, pueda dar crédito a nuestros ojos y le hable.

HORACIO: ¡Qué! No, no vendrá.

BERNARDO: Sentémonos un rato, y deja que importunemos de nuevo tus oídos con el suceso que tanto te desagrada, y que nosotros ya hemos presenciado dos noches seguidas.

HORACIO: Muy bien. Sentémonos y oigamos lo que Bernardo tiene que contarnos.

(Los tres se sientan).

BERNARDO: La noche pasada, cuando esa misma estrella que está al occidente del Polo³ ya había hecho su carrera, para iluminar aquel espacio del cielo donde ahora resplandece, Marcelo y yo, al tiempo que el reloj daba la una...

³ La Estrella Polar.

MARCELO: Chist. Calla, mira por dónde viene otra vez.

(El FANTASMA DEL REY HAMLET aparece en un extremo del escenario con todas sus armas, con su manto real, el yelmo en la cabeza y la visera alzada. Los SOLDADOS y HORACIO se levantan despavoridos).

BERNARDO: Tiene el mismo porte que el difunto rey.

MARCELO: Horacio, tú que eres hombre de estudios⁴, háblale.

BERNARDO: ¿No es idéntico al rey? Míralo, Horacio.

HORACIO: Muy parecido es... Su vista me infunde miedo y asombro.

BERNARDO: Querrá que le hablen.

MARCELO: Háblale, Horacio.

⁴ En tiempos de Shakespeare se creía que las apariciones no podían hablar si no se les preguntaba primero, y que era conveniente que la persona que se dirigía a ellas hablara latín.

HORACIO (*se encamina hacia el FANTASMA*): ¿Quién eres tú, que así usurpas este tiempo a la noche, y esa presencia noble y guerrera que tuvo el rey difunto? Habla, por el cielo te lo pido.

(*El FANTASMA se retira a paso lento*).

MARCELO: Se ha ofendido.

BERNARDO: ¿Ves? Se va, como despreciándonos.

HORACIO: ¡Detente! ¡Habla, habla! ¡Yo te lo mando, habla!

MARCELO: Ya se fue. No quiere respondernos.

BERNARDO: ¿Qué hay, Horacio? Tiembblas y palideces. ¿No es esto algo más que una simple ilusión?

HORACIO: Por Dios que nunca lo hubiera creído, si mis propios ojos no me lo hubieran demostrado con toda evidencia.

MARCELO: ¿No es en todo semejante al rey?

HORACIO: Como tú a ti mismo. Llevaba esa misma armadura cuando peleó contra el ambicioso rey de Noruega, y así lo vi arrugar la frente, ceñudo, cuando en un arrebato de cólera hizo caer al de Polonia sobre el hielo de un solo golpe... ¡Extraña aparición es esta!

MARCELO: Pues así vestido, y a esta misma hora de la noche, se ha paseado dos veces con ademán guerrero ante nuestra guardia.

HORACIO: Ignoro a qué se debe todo esto, pero presiento grandes cambios para nuestra nación.

MARCELO: Sentémonos. (*Se sientan*). Decidme, si alguno de vosotros lo sabe, ¿por qué a los hijos de esta tierra se nos agobia cada noche con



guardias tan estrictas y continuas? ¿Para qué se funden tantos cañones de bronce y se hace tanto acopio de máquinas de guerra? ¿De qué sirven tantos carpinteros de marina, obligados a una labor fatigosa, que no distingue el domingo del resto de la semana? ¿Qué causa puede haber para que tengan que trabajar sin cesar, día y noche? ¿Podéis explicármelo?

HORACIO: Os contaré lo que se dice. Nuestro último rey, cuya imagen acaba de aparecérsenos, fue provocado a un singular combate, como ya sabéis, por el rey Fortimbrás de Noruega, que estaba lleno de audacia y soberbia. Se llegó a un pacto, sellado y ratificado por las leyes de la caballería, por el cual el vencedor se quedaría con todos los países que se encontraban bajo el dominio del vencido. En el transcurso del combate, nuestro valeroso rey Hamlet, que tanto renombre alcanzó en la parte del mundo que nos es conocida, mató a Fortimbrás. Y, en virtud de aquel acuerdo, todas las posesiones recayeron en él. Ahora su hijo, el joven Fortimbrás, que es de carácter fogoso y falto de experiencia, ha ido recogiendo aquí y allí, en las fronteras de Noruega, una turba de gente resuelta y perdida, a quien la necesidad de comer lleva a intentar empresas arriesgadas. Su única finalidad es recuperar por la fuerza de las armas los países que perdió su padre. Este es, a mi modo de ver, el motivo principal de nuestras precauciones, así como el de esta guardia que hacemos, y la verdadera causa de la agitación que embarga a la nación entera.

BERNARDO: Si no es esa, no se me ocurre cuál puede ser... Eso explica que esa espantosa visión lleve la apariencia y las armas del anterior rey, que fue y sigue siendo el autor de estas guerras.

HORACIO: He ahí una mota que turba los ojos del entendimiento. En la época más gloriosa y feliz de Roma, poco antes de que el poderoso César cayese, los sepulcros quedaron vacíos y los cadáveres amortajados vagaron por las calles de la ciudad, gimiendo con voz confusa. Las estrellas resplandecieron con sus colas ardientes, cayó una lluvia de sangre, el sol se ocultó entre celajes funestos, y el húmedo planeta⁵, cuya influencia gobierna el imperio de Neptuno⁶, padeció un eclipse como si el fin del mundo hubiese llegado. Hemos visto ya anuncios semejantes de sucesos terribles, que amenazan a nuestro país y a nuestra gente. Pero... ¡Silencio! ¿Veis? ¡Allí! Otra vez vuelve... (*El FANTASMA aparece de nuevo por el extremo opuesto del escenario*). Aunque el terror me hiela, quiero salirle al encuentro. (*Los tres se levantan. HORACIO se dirige al FANTASMA, lanza en mano, y los otros lo siguen*). ¡Detente, fantasma! Si puedes articular sonidos, si tienes voz, háblame. Si allá donde estás puedes recibir algún beneficio para tu descanso y para mi perdón, háblame. Si conoces los hados que amenazan a tu país, los que si se anticipan a tiempo pueden evitarse, habla... Y si, durante tu vida, acumulaste en las entrañas de la tierra tesoros adquiridos deshonestamente, y esa es la razón, como dicen, por la que vosotros, espíritus infelices, vagáis inquietos después

⁵ La Luna.

⁶ Influjo de nuestro satélite sobre las mareas. Neptuno, en la mitología romana, era el dios del mar.

de la muerte, confiésalo... ¡Detente y habla!
¡Marcelo, detente!

(Canta un gallo a lo lejos y el FANTASMA empieza a retirarse. Los soldados intentan detenerlo con las lanzas).

MARCELO: ¿He de herirlo con mi lanza?

HORACIO: Sí, hiérello si no quiere detenerse.

BERNARDO: ¡Aquí está!

HORACIO: ¡Aquí!

(El FANTASMA evita a los soldados y desaparece con prontitud).

MARCELO: ¡Se ha ido! Como es un soberano, lo han ofendido nuestras demostraciones de violencia. Y eso que, según parece, es invulnerable como el aire, y nuestros esfuerzos resultan vanos y cosa de burla.

BERNARDO: Iba a hablar cuando cantó el gallo.

HORACIO: Es verdad, y al punto se estremeció como el delincuente citado por el juez. He oído decir que el gallo, trompeta de la mañana, hace despertar al dios del día con la alta y aguda voz de su garganta sonora, y que al oír este anuncio todo espíritu errante acude a su refugio. El fantasma que acabamos de ver confirma esa creencia.

MARCELO: En efecto, desapareció al cantar el gallo. Dicen también que, poco antes de la Navidad, el ave matutina canta durante toda la noche. Ningún espíritu se atreve entonces a salir de su morada, y las noches son reconfortantes. Ningún

planeta ejerce un influjo pernicioso; ningún maleficio produce efecto, y las brujas no pueden hechizarnos. ¡Tan sagrados y felices son esos días!

HORACIO: También yo lo entiendo así. Pero ved cómo ya la mañana, cubierta con su rosada túnica, llega y se desliza sobre el rocío de aquel alto monte oriental. Pongamos fin a la guardia, y contémosle al joven Hamlet lo que hemos visto esta noche. Por mi vida os prometo que ese espíritu hablará con él, aunque con nosotros se haya comportado como si fuera mudo. ¿Os parece bien que le dé esta noticia, como la amistad y el deber nos exigen?

MARCELO: Sí, sí, hagámoslo. Sé dónde esta mañana podemos encontrarlo. (*Salen*).

Escena III

CLAUDIO, GERTRUDIS, HAMLET, POLONIO, LAERTES,
OFELIA, CORNELIO, VOLTIMAND, CABALLEROS,
DAMAS y ACOMPAÑAMIENTO

Salón del castillo.

CLAUDIO (*se dirige a la corte*): La muerte de mi querido hermano Hamlet está todavía muy presente en nuestra memoria, y hace que nuestros corazones permanezcan sumidos en la tristeza y que el reino siga siendo la viva imagen del dolor. Pero, ahora, aunque no puedo dejar de llorarle, debo volver a pensar en lo que somos. Por ese motivo he recibido por esposa a la que en un

tiempo fue como mi hermana, y hoy reina conmigo y me acompaña en el trono de nuestra belicosa nación. Nuestras alegrías son imperfectas, pues en ellas se entremezclan la felicidad y las lágrimas, las fiestas y las pompas fúnebres, los cánticos de muerte y los de boda, el placer y el pesar. Prudentemente habéis aprobado esta unión, por lo cual os quedo muy agradecido. Ahora sabed que el joven Fortimbrás, estimándome en poco, o presumiendo que la reciente muerte de mi querido hermano habrá causado trastorno y desunión en el reino, me importuna continuamente con mensajes, pidiéndome que le restituya aquellas tierras que su padre perdió y que mi valeroso hermano adquirió en justa lid. Por lo que a mí toca, he escrito al rey de Noruega, tío del joven Fortimbrás, que doliente y postrado en el lecho apenas tiene noticia de los proyectos de su sobrino, a fin de que le impida llevarlos adelante, pues tengo ya informes precisos de la gente que levanta contra mí, de su calidad, su número y sus fuerzas. Prudente Cornelio, y tú, Voltimand, vosotros saludaréis en mi nombre al anciano rey. Tened en cuenta que no os doy facultad para celebrar con él ningún tratado que exceda los límites expresados en estas cartas. (*Se las entrega*). Id con Dios. Espero que me sirváis con celo y diligencia.

VOLTIMAND: Podéis estar seguro de que no os defraudaremos.

CLAUDIO: Que el cielo os guarde.

(CORNELIO y VOLTIMAND *salen*).